

CONFLUENCIA ELEMENTAL



Aaron Mel

Aaron Mel

Confluencia elemental

Saga Confluencia elemental, parte 1.

Título original: *Confluencia elemental*

Aaron Mel

Fecha publicación: 30-03-13

Editor: Aaron Mel; Edición: 3

Idioma: Español

Confluencia elemental

Licencia: SafeCreative

Código: 1304184966909

Todos los derechos reservados.

“Nunca es demasiado tarde para ser lo que deberías haber sido“.

George Elliot.

Anexo: Capítulos Confluencia elemental.

Libro 1.

1. Luces y sombras.
2. Las entrañas de Zale.
3. La partida.
4. Floración.
5. Destellos.
6. El reflejo perfecto.
7. Exteriorizar el interior.
8. Poderes desatados.
9. Fuego arcano.
10. Lazos elementales.
11. La nieve.
12. Espina silenciosa.
13. Sexto elemento.
14. El rayo que atraviesa la nube.
15. Comienzo y final.

CAPÍTULO 1: Luces y sombras.

Sentado sobre la arena, noté de reojo como la vieja caña de mi madre se retorció violentamente unos metros más allá. Pretendía ignorarla. Al fin y al cabo, pescar no era más que una excusa para disfrutar del paisaje y la temperatura que la calurosa playa de Zale me ofrecía.

Intenté saborear la ligera brisa, mi única protección contra la infernal irradiación del sol en verano, pero la caña seguía enloquecida bajo un convulso baile de supervivencia.

Al final me levanté irritado y puse fin a la batalla de aquella criatura. Tiré del hilo y un pez diminuto de un color pálido y olvidable surgió del agua. Volvió a ella igual de rápido, ni siquiera mi madre podría cocinar aquello.

Cuando me dispuse a sentarme de nuevo en la orilla, donde las olas abrazaban pacíficamente la arena, una voz aguda invadió la playa desde las alturas, perturbando mi paz:

—¿Ethan? Me rindo. He dejado tu plato de comida sobre la ventana. Ya sabes cariño, ese que he estado cocinando durante DOS horas. Si no pasas a por él rápido, algún animal del bosque lo hará por ti.

El tono de Alice, mi madre, había pasado de inocente advertencia a verdadera amenaza en aquel tercer llamamiento, así que accedí a regañadientes. Odiaba aquellos días en los que mi característico mal humor conseguía dominar mi estúpida cabeza y convertir en molesto cada pequeño detalle de mi vida.

Tras recoger mis escasas pertenencias, respiré hondo mientras cruzaba la playa y ascendía a través de la rocosa pendiente hasta nuestra pequeña casa de madera, asentada en lo alto de un solitario acantilado.

Tal vez nuestro hogar no fuera uno de los

más ostentosos de Zale, pero las vistas y la tranquilidad de las que disfrutábamos no se podían encontrar en ningún otro lugar.

¿Qué podía decir? La vida en aquel montón de tierra en mitad del océano era extremadamente pacífica y monótona a la vez. Nuestro pueblo principal, Zale, estaba formado por unos mil habitantes, asentados mayoritariamente en la costa norte de la isla. Alice y yo éramos de los pocos habitantes que vivíamos alejados del núcleo por decisión propia.

Como no podía ser de otra forma, en la isla todos nos conocíamos a la perfección, pues al fin y al cabo éramos una gran –y obligatoria– familia cuya única posibilidad de supervivencia dependía de la colaboración mutua.

Aquel día, la intensidad del sol abrasaba sin piedad hasta el más oscuro rincón de Zale. Las cigarras lanzaban sus cantos desde lo profundo del bosque, como una permanente y molesta sinfonía que invadía toda la costa.

Mientras yo me disponía a entrar a toda

prisa, mi madre salía por la puerta de casa camino al pueblo, donde trabajaba como secretaria en el ayuntamiento. Ocuparse del papeleo de una población que apenas rebasaba los mil habitantes podía parecer una tarea sencilla, pero las peculiaridades de la isla y las pocas ganas de trabajar del resto hacían de ello una tarea casi heroica.

Se acercó hacia mí, en posición ofensiva:

—No es necesar...—traté de explicar.

Pero no. No me libré de su habitual y tortuoso beso de despedida.

—¿Mucho trabajo hoy? —quise saber, tratando de animarla un poco mientras me sumergía en el creciente frescor de la casa.

—El de todos los días. ¿Qué le vamos a hacer? Remmus comentó que hoy tendríamos un día especialmente cargado. Volveré al anochecer, cascarrabias —anunció en tono cariñoso—. Confío en que sabrás cuidar de ti mismo hasta entonces.

Y tras la gran confianza depositada,

desapareció por la puerta tan repleta de energía como de costumbre.

Sí, describir a una madre era una de las cosas más subjetivas que un hijo podía hacer, pero yo estaba convencido de que la mía era lo más próximo a la perfección.

Era delgada, estatura media, de piel pálida, con una larga melena oscura y ondulada que caía sobre sus hombros. Rasgos físicos que salvo la longitud del cabello —siempre tuve cierto odio a las melenas masculinas— compartía conmigo.

Sin embargo, nuestros caracteres eran más bien opuestos, aunque complementarios: Como buena secretaria, ella era más alegre, trabajadora y sociable. Yo desde luego no era conocido por mi desparpajo o mi desbordante alegría. Posiblemente ser un amante de la soledad no estaba bien visto en el pueblo de Zale, y sabía que circulaban ciertos rumores sobre mí. “Bicho raro” o “marginado” eran algunos de ellos...

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

